

CENTENARIO NACIMIENTO
CARDENAL **TARANCÓN**
1907-2007

WWW.CARDENALTARANCÓN.ORG

El papel, las relaciones y los influjos del obispo y cardenal Vicente Enrique y Tarancón.

Juan María Laboa

En sus recuerdos de juventud, al hablar de una noche, para él inolvidable, en la que acompañó a algunos que iban a ser ajusticiados en Vinaroz, le comentó uno de ellos: "Perdóneme, si le digo, que no puedo perdonar a la Iglesia, que usted representa. No ha sabido ser madre en los momentos difíciles. No ha actuado evangélicamente en este momento dramático de España". Más allá de la razón o sin razón de este juicio, don Vicente asimilará profundamente la tragedia de la guerra y se prometerá hacer todo lo posible para que no se repitiese el enfrentamiento secular entre españoles por motivos políticos, económicos, sociales o religiosos. Entonces tomó la decisión de dedicar su vida a evitar que se repitiera una tragedia semejante y, sobre todo, a evitar que la Iglesia fuera motivo de lucha y de odio entre los españoles.

De temperamento abierto y franco, a primera vista, tenía una figura desgarbada y rural, con un permanente cigarrillo en los labios y con un tic, desconcertante para los demás, de mirar con frecuencia el reloj de pulsera mientras conversaba; siguió pareciendo toda su vida, con palabras suyas, un cardenal "en zapatillas". Los hay que son así. Juan XXIII fue uno de estos. Luego dan la sorpresa. La del papa Juan XXIII fue el Concilio. La del cardenal Tarancón fue llevar a la Iglesia española desde una orilla de la historia a la orilla opuesta, como un moderno san Cristobal, miope, de anchas espaldas y traje talar. En solo diez años, desde que en marzo de 1972 fue nombrado presidente de la Conferencia episcopal hasta que en febrero de 1981 ceso, hizo la operación.

Al ser elegido Presidente de la Conferencia Episcopal se propuso dos objetivos: aplicar a España las orientaciones del Vaticano II en lo referente a la independencia de la Iglesia de

todo poder político y económico, y procurar que la Comunidad cristiana se convirtiese en instrumento eficaz de reconciliación, para superar el enfrentamiento entre los españoles que había culminado en la guerra civil.

A su muerte, junto a la inevitable crónica y a los juicios históricos, fue unánime la consideración de que había sido un gran creyente en Jesucristo, un cristiano apasionado del Evangelio y de la Iglesia del Señor. De él se ha dicho que había sido el cardenal de la Transición, pero no ha quedado con el sambenito de cardenal político. Por el contrario, cuantos le han conocido han afirmado su profundo sentido religioso y su piedad sencilla y tradicional, una piedad eucarística y mariana, adquirida en su hogar familiar.

1º. Obispo de Solsona

Llama la atención la sencillez con la que describe en sus "Confesiones"¹ y en sus "Recuerdos de juventud"² sus personales reacciones ante el posible nombramiento de obispo. Le atraía, por una parte, esa posibilidad, pero, por otra, pensaba en la soledad y la lejanía real en que se desarrollaba la vida episcopal y la poca comunicación que los sacerdotes tenían con su obispo. Tenía solo 38 años cuando fue elegido y su talante era comunicativo y espontáneo.

Don Vicente pensaba que, probablemente, Franco no había puesto objeciones a su nombramiento porque poco antes había cambiado el gobierno y del nuevo formaba parte Martín Artajo, quien había sido vicepresidente y presidente de Acción Católica cuando Tarancón vivía en la Casa del Consiliario de Madrid, donde se conocieron y charlaron con frecuencia.

"He tenido siempre una preocupación- casi obsesión- por el futuro", escribe cuando examina su pasado. Quería que los sacerdotes estuvieran atentos a los cambios que se estaban produciendo en la sociedad española. Su diócesis, pequeña y rural, no constituía un laboratorio interesante para tal

¹ Vicente Enrique y Tarancón, "Confesiones". Madrid 1996, pp.15-42.

² Cardenal Tarancón, "Recuerdos de Juventud", Barcelona 1984, pp.397-405.

preocupación, pero, en compensación, le dio tiempo para leer y conocer las nuevas corrientes teológicas y pastorales presentes en algunos países europeos y, también, los primeros esbozos de autocrítica interna, por ejemplo, en "Catolicismo día tras día" de Aranguren y las revistas "Incunable" y "ElCiervo", preparándose así mejor para el futuro desarrollo de su función episcopal. Mantuvo dos constantes en su vida de obispo: conseguir información sobre los sacerdotes y las características religiosas y humanas de la diócesis que dirigía, y encarnarse en el clima y cultura del momento.

Celebró un sínodo en 1949 en el que se aceptaron las enmiendas y propuestas de los sacerdotes, pero, al final de todo, decidió no celebrar otro sínodo "mientras no cambiasen los procedimientos del mismo. En verdad, no merecía la pena hacer esa movilización general del clero, en el estudio y reflexión, si no se daba a todo ello un mayor contenido y no se reconocía la corresponsabilidad de los presbíteros".

Llamó ya entonces la atención su larga permanencia en una diócesis que, evidentemente, le venía pequeña. Tarancón daba como razón el eco de sus pastorales, sobre todo, la titulada "El pan nuestro de cada día, dánosle hoy", en la que proclamaba el derecho y la obligación de los obispos de defender el derecho de los pobres y de los obreros a tener el pan en abundancia y cuanto necesitaran para llevar una vida digna y humana, y que fue entendida como revolucionaria. "No podemos callar. No debemos callar por más tiempo", afirmaba. "Esas risas y esas alegrías de unos no pueden apagar los clamores de la muchedumbre que sufre hambre y vive en la miseria". "Hoy buena parte de los obreros, y aun de la clase media, no creen en las buenas intenciones del Gobierno ni en la sinceridad de los obispos". En el primer consejo de ministros, tras la pastoral, se acordó suprimir definitivamente el racionamiento de pan, que ya no faltó y a un precio justo.

Parece que no todos los obispos estuvieron de acuerdo con el tono y el atrevimiento de la pastoral, y no pocos la consideraron imprudente. Obviamente, el gobierno quedó contrariado. "Mientras que el gobierno no digiera el pan no hay manera de trasladar a otra diócesis al obispo de Solsona", comentó el nuncio Cicognani. Solo Pla y Deniel, ese personaje interesante todavía no suficientemente estudiado, le animó a seguir el camino emprendido.

2º. El Concilio

El Secretariado del Episcopado y, naturalmente,

Tarancon, el Obispo secretario, tuvieron una intervención importante en la preparación del Vaticano II y prestó buenos servicios a los obispos españoles durante la celebración del mismo: preparó entrevistas e intercambios de estos con otros de distintas nacionalidades, sirvió de enlace entre los obispos y los consultores; puso en manos de los obispos las informaciones y trabajos de grupos de consultores de otras nacionalidades, y coordinó y urgió el trabajo de los consultores.

Fue su condición de obispo-secretario la que determinó su nombramiento como miembro de las comisiones preparatorias del Concilio. Desconocemos por completo su intervención en las reuniones preconciliares, pero siempre mostró su satisfacción por esta experiencia.

Don Vicente había estudiado en el seminario de Tortosa y no salió al extranjero ni a estudiar ni a conocer las ideas dominantes en otras Iglesias europeas. Su formación fue tradicional en todos los sentidos del término. "Yo me convertí al Espíritu en el concilio, declara en una entrevista. Tal como estaba preparado- y yo fuí uno de los que lo preparó- era repetir y completar el Vaticano I. Creíamos que se había hecho una gran cosa. El primer día de trabajo nos encontramos ya hechas, con nombres y apellidos- las Comisiones Conciliares. Un cardenal francés se levantó y dijo simplemente: NO. (...) Y vino el giro, el cambio de la dinámica conciliar. El Espíritu actuaba, nos urgía. Y no perdimos el tren de la Historia".

Muchos obispos españoles quedaron desconcertados ante el cambio producido por el concilio y, más o menos conscientemente, pusieron resistencia a su espíritu y a sus resoluciones. Tarancón se convirtió en su sentido más profundo. Al comprobar en el aula conciliar las ideas teológicas y pastorales compartidas por la mayoría conciliar sobre el derecho a la libertad religiosa, sobre las relaciones de la Iglesia con el mundo moderno, sobre la mayoría de edad del laicado y sobre una eclesiología más colegial, se sintió identificado con ellas y con la doctrina de Pablo VI sobre el diálogo y la autonomía de lo temporal. Comprendió su sentido y decidió aplicarlo a la Iglesia española, tal como aparece en su pastoral "La Iglesia del posconcilio". Esto le llevó a mantener la iniciativa y la independencia de la Iglesia frente a la coacción de todo poder temporal, a concebir una praxis pastoral que integrara plenamente el diálogo de la Iglesia con el mundo, a contar más con los sacerdotes y los laicos, a apoyar la constitución de 1978, a favorecer las nuevas organizaciones diocesanas impulsadas por el concilio y, de manera especial, a respaldar la Asamblea Conjunta.

Resulta necesario tener en cuenta, también, que, en estos años, muchas fuerzas católicas se independizaron de la tutela episcopal hacia la izquierda, en una clara politización que se traduciría en oposición al Régimen, en un diálogo con el marxismo y en la afirmación posterior de que era compatible su "praxis" con la fe cristiana. Poco después apareció otra corriente independentista ahora hacia la derecha. Esta nueva versión del "integrismo" consideraba muchas de las propuestas doctrinales y pastorales del Concilio contrarias a la tradición religiosa española. Como era de prever, esta corriente contó con la protección del poder político. En realidad, no es que el Régimen cambiase de actuación o que la postura conservadora de una parte de la Iglesia resultase nueva: mantuvieron la mentalidad y actuación tradicionales sin tener en cuenta unos cambios que ni entendían ni, ciertamente, les favorecían³

Una de sus mayores dificultades como dirigente de la Iglesia española procedió de obispos, sacerdotes y laicos no dispuestos a extraer las consecuencias del concilio. "Teóricamente, escribió, casi todos aceptan el concilio: sacerdotes, religiosos y fieles. Psicológicamente, son bastantes los que no están preparados para realizarlo. Lo interpretan algunos " a su aire" y encuentran no pocas dificultades instintivas para mantener la línea equilibrada de renovación que Pablo VI procura mantener a todo trance"⁴. Sus dificultades con la Hermandad Sacerdotal, con algunos ministros y políticos, mayormente piadosamente católicos, tuvieron este origen. La contestación existente en la Acción Católica y en los movimientos especializados, y en buena parte de los sacerdotes se debió, en parte, a la incapacidad de los obispos de responder con el espíritu del concilio a la crisis existente en la comunidad cristiana. La evidente politización de estos movimientos contestatarios formaba parte de un catolicismo tradicionalmente político y a una situación de cambio político-social que involucraba necesariamente a la Iglesia Católica. Precisamente, la intuición de Tarancón de la necesidad de una rápida separación de la Iglesia de la opción política dominante constituía un paso necesario en la obligada despolitización del catolicismo, pero era este paso el que no estaban dispuestos a dar los sacerdotes más conservadores y el régimen político existente.

Probablemente se podría resumir esta situación

³ Juan María Laboa, "La Iglesia entre la democracia y el autoritarismo", en "Al servicio de la Iglesia y del Pueblo". Madrid 1984, p.30.

⁴ "Vida Nueva", nº722, 21 marzo 1970, p.10.

afirmando que gran parte de la oposición a Tarancón no provenía tanto del rechazo a su persona cuanto al rechazo del concilio. Todavía hoy, un marcado desinterés y una amnesia consciente de su figura tiene mucho que ver con la determinación de pasar página y difuminar el concilio. Esa despolitización del catolicismo ha llevado a un cierto desconcierto de la Iglesia ante la sociedad civil. Naturalmente, el mal no ha sido causado por la despolitización de la religión sino por la debilidad representativa de los laicos católicos y por la natural dificultad de ubicarse en una sociedad plural, laica y conflictiva.

3º. Tres diócesis significativas

Tras un noviciado de 18 años, excesivamente largo, don Vicente fue nombrado para tres de las diócesis más significativas de España: Oviedo, Toledo, Madrid.

La de Oviedo estaba marcada por las minas y por las frecuentes huelgas obreras. Su complejidad se derivaba, también, de la variedad de ambientes que tenía, rural, minero, industrial, con varios pueblos, también, de alta montaña. Tarancón había recibido años antes el apelativo de obispo social. El nuncio Riberi, abierto y reformista, consiguió lo que parecía imposible, que Tarancón no fuera rechazado por el gobierno para una archidiócesis que vivía momentos de fuerte conflictividad social. "Yo estuve, pues, en la diócesis, un tanto marcado, recuerda don Vicente; para unos como enemigo del régimen, y para otros, como un signo de esperanza. Creo que es indispensable tener en cuenta esta realidad para entender mi actuación durante los cinco años que permanecí en Oviedo"⁵. "No me fue difícil, escribirá en otra ocasión, conseguir que se serenasen los ánimos de los sacerdotes y logré encauzar más correctamente las propuestas de los movimientos apostólicos obreros, con lo que se produjo un clima de mayor moderación que llamó poderosamente la atención tanto del gobernador civil como del ministro de la Gobernación. Los dos, medio en broma medio en serio, me llamaban "el pacificador".⁶

Su nombramiento se realizó poco antes de que terminara el concilio. Llama la atención la masiva respuesta del clero

⁵ Ceferino de Blas, "Tarancón, obispo y mártir". Oviedo 1976

⁶ "Confesiones", p.378.

asturiano a las propuestas, cursillos y determinaciones con el fin de poner en marcha las orientaciones conciliares. Los distintos secretariados diocesanos hicieron los planes para encauzar la renovación que pedía el concilio. El Plan pastoral promovido por Tarancón constituyó una experiencia completamente original y nueva en España, seguida más tarde por buena parte de las diócesis españolas.

El nombramiento para Toledo pudo resultar envenenado, ya que, aunque significaba que don Vicente era persona de confianza de la Santa Sede, era impensable y, de hecho, imposible que el nuevo primado actuase como los primados habían ejercido tradicionalmente, dado que el presidente de la Conferencia Episcopal era, a partir del concilio, el genuino representante del episcopado y según las disposiciones posconciliares contaba con importantes atribuciones. No resulta difícil imaginar que la Santa Sede considerase que con este nombramiento Tarancón se aseguraba, también, la presidencia de la Conferencia, pero, como es sabido, la vieja guardia episcopal, tan enemiga de la colegialidad episcopal en el aula conciliar, decidió de otra manera.

Su permanencia en esta diócesis fue muy corta de forma que su impronta fue más bien superficial. Sin embargo, su decisión de encontrarse personalmente con todos los sacerdotes y el ambiente cordial logrado en las reuniones, en una diócesis en la que el anterior obispo, que murió a los 92 años, apenas pudo mantener durante los últimos años relación con su clero, resultó extraordinariamente positivo. De hecho, se solucionaron algunos problemas económicos y de organización eclesiástica que estaban enquistados.

Sin embargo, en el ánimo de los toletanos quedó la amargura de su traslado a Madrid, señal inequívoca de que su diócesis había perdido la primacía real que durante tantos siglos había ejercido. Muchos de ellos no le perdonaron esta fuga.

En Madrid estaba Morcillo, amigo de Tarancón desde sus primeros años sacerdotales. Obispo auxiliar de Madrid, obispo de Bilbao, arzobispo de Zaragoza, primer arzobispo de Madrid, Morcillo era un obispo abierto, trabajador infatigable, creativo y rompedor en los métodos pastorales.

El acelerado cambio de la Iglesia de los años sesenta rompió muchos esquemas y dejó muchos cadáveres en la cuneta. Casimiro Morcillo y Marcelo González fueron considerados obispos abiertos y sociales, pero fue Tarancón quien lideró el grupo

episcopal que dirigió el cambio eclesiástico de los años setenta, mientras que los dos anteriores quedaron presos de una idea de Iglesia que fue quedando obsoleta. Morcillo fue uno de los cinco subsecretarios del Concilio, pero fue Tarancón quien acompañó la Iglesia española a los cambios y reformas conciliares. Don Marcelo fue considerado predicador social, pero fue don Vicente quien más defendió la Acción Católica durante la gran crisis y con él hablaron la JOC y la HOAC en los últimos años del franquismo.

Tarancón sucedió a Morcillo, primero como Administrador Apostólico y después como arzobispo, en la diócesis de Madrid, bien a pesar del clero más conservador, quienes urdieron un golpe de mano fallido, gracias a la rapidez del nuncio⁷. Todo pareció felizmente resuelto, y lo fue, pero el clero y los laicos más nacionalcatólicos confirmaron sus temores de que Roma pretendía retirar el apoyo de la Iglesia al Régimen, precisamente cuando éste más lo necesitaba. "Se puede afirmar con verdad, comentó Tarancón, que fue este nombramiento, a pesar de su carácter provisional, la confirmación plena de que la Santa Sede juzgaba indispensable un cambio de dirección en la actitud de la jerarquía española. Todos se dieron cuenta de ello y por esto reaccionaron, unos y otros, como si se tratase de una decisión definitiva: los hechos les darían después la razón". Tarancón quedó para siempre como el traidor desagradecido con el franquismo y como el enano infiltrado en la Iglesia de Dios⁸.

En no pocos católicos, especialmente sacerdotes, madrileños ha quedado la sensación de que el cardenal dedicó toda su atención a los problemas nacionales, abandonando en parte su diócesis. Obviamente, Tarancón es conocido, fundamentalmente, por su presidencia de la Conferencia episcopal durante nueve años y por su actuación en la larga transición política y eclesial española, pero sería una injusticia manifiesta y un error histórico olvidar su fecundo ministerio episcopal directo en la diócesis de Madrid.

Naturalmente, no voy a entrar en la historia de su pontificado madrileño y menos delante de quien fue su eficaz vicario general, pero si quiero señalar algunos puntos interesantes de su actividad episcopal.

⁷ "Confesiones", p.399-401.

⁸ Blas Piñar, "Mi réplica al cardenal Tarancón". Madrid 1998. En realidad, el ataque principal lo lleva Pablo VI.

- Su interés por la reconciliación, constante a lo largo de su vida, fue, también, relevante en su tarea pastoral: "Nuestra misión es reconciliadora. Pongámoslo de manifiesto en todas nuestras actuaciones. Tratemos de intensificar el diálogo entre los hombres y dentro de la Iglesia (...) Dios quiera que con el esfuerzo de todos, consigamos superar esos complejos que siguen siendo ocasión de división dentro de la Iglesia y que podamos ser instrumentos aptos para una intensa campaña de reconciliación con Dios y con nuestros hermanos los hombres"⁹, escribió en una pastoral dedicada a ella. Existe un pequeño documento promulgado en abril de 1975 por la Conferencia Episcopal, cuyo título es suficientemente elocuente: "La reconciliación en la Iglesia y en la sociedad" al que pertenecen estas palabras: "En nuestra patria, el esfuerzo progresivo por la creación de estructuras adecuadas ha de estar sostenido por la voluntad de superar los efectos de la guerra civil que dividió entonces a los ciudadanos en vencedores y vencidos y que todavía constituyen obstáculo serio para una plena reconciliación entre hermanos. (...) Para avanzar en nuestro país por el camino hacia la reconciliación, es necesario lograr un reconocimiento más efectivo de todos los derechos de las personas y de los grupos sociales, dentro de los límites del justo orden público y del bien común"¹⁰.

- Madrid constituía una diócesis inmensa y muy pronto pensó en la forma gobernarla de manera más razonable y eficaz. En este sentido, reorganizó y descentralizó la diócesis en vicarías y mantuvo un gobierno, en cierto sentido, "colegial" con los obispos auxiliares, vicarios episcopales y vicario general.

- Puso en funcionamiento diversas instituciones de gobierno y pastorales: consejo episcopal, consejos pastorales, consejo presbiteral, proyectado por Morcillo y puesto en marcha por él, a las que incorporó religiosos y religiosas, en un intento de pastoral conjunta.

- Puso especial énfasis en la enseñanza de la asignatura de religión, exigiendo una adecuada preparación teológica y pedagógica y, a poder ser, titulación universitaria civil.

- Consiguió la cobertura social de cuantos trabajaban en el

⁹ "La reconciliación cuaresmal", en "Boletín de la Archidiócesis de Madrid Alcalá", 1 de marzo de 1973, p.19.

¹⁰ Fernando Sebastián, "Iglesia y Democracia. La aportación de la Conferencia Episcopal Española", en Olegario González, La Iglesia en España. 1950-2000. Madrid 1999, p.158.

ámbito diocesano, incluidos los sacristanes, organistas y religiosas.

- Introdujo la racionalidad y la transparencia en la economía diocesana.

- Mostró creatividad y audacia en la organización de la formación de los seminaristas. Fue una de sus facetas más criticadas, por la que se le acusó, a menudo, a Roma.

- Los esfuerzos de descentralización y creación de nuevas parroquias, iniciados por D. Casimiro se potenciaron en esta etapa. Se levantaron más de 150 templos parroquiales.

Presidente de la Conferencia Episcopal

"Reflexionando ahora, después de tantos años, sobre mi paso por el Secretariado del Episcopado- ocupé el cargo durante once años, desde 1953 a 1964- considero esa experiencia como una gracia extraordinaria de Dios, teniendo en cuenta la intervención que había de ejercer después como presidente de la Conferencia Episcopal, en los finales del Régimen de Franco y en la transición al régimen democrático", escribe en sus "Confesiones"¹¹. Efectivamente, gracias a este puesto en el que permaneció once años, Tarancón tuvo una experiencia excepcional de las personas, las situaciones, los límites y las tendencias existentes en el episcopado español.

En 1967, cuando el fenómeno contestatario desconcertaba a los obispos y marcaba las profundas divisiones de la Iglesia española, el prestigio y la capacidad de escucha de don Vicente resultaron evidentes, aunque no siempre pudo ponerlos en acto tal como hubiera deseado.

"Estoy convencido, escribe don Vicente, de que la Conferencia Episcopal cometió dos fallos importantes de los que fuimos responsables todos los obispos de entonces: no haber defendido, encauzándolos convenientemente, los movimientos obreros de Acción Católica contra los ataques del Gobierno cuando eran la avanzadilla de la Iglesia en un campo como el laboral, ajeno a la influencia de la Iglesia, y no haber aprovechado la ocasión del nuevo estatuto de la Acción Católica para plantear claramente ante el Gobierno el problema del derecho de asociación"¹².

¹¹ "Confesiones", p.179.

¹² "Confesiones", p.268.

Fueron débiles también los obispos en no asumir la postura de los contestatarios en lo que tenía de legítima y no haber procedido con mayor fortaleza cuando por uno y otro extremo se estaban manteniendo criterios inaceptables no solo políticos sino eclesiásticos. Probablemente, esta debilidad se debió a la profunda división de los obispos, que impidió una línea clara y favoreció una paralización que resultó suicida.

Esta división, en una conferencia que se estaba renovando, pero no con la urgencia necesaria, favoreció que Morcillo, que representaba la opción claramente perdedora, ganara por tres votos la presidencia de la Conferencia. Tarancón era el futuro, pero no se sabía cuanto podía durar un presente problemático. La muerte de Morcillo, dos años más tarde, llevó finalmente a Tarancón, vicepresidente de la Conferencia, a su presidencia.

"Yo fui Presidente de la Conferencia durante un decenio que, a juicio de todos, tenía unas características muy singulares. Durante ese tiempo, no solo el Presidente, sino la misma Conferencia Episcopal, tuvo un protagonismo excesivo, provocado por las mismas circunstancias históricas. Se trataba, durante los primeros años, de un Régimen confesional; Iglesia-Estado, cristianismo y patriotismo, estaban tan vinculados, que casi se confundían. Es sintomático, por ejemplo, que algunos ministros pretendieran convencerme de la conveniencia de ciertas decisiones políticas por razones eclesiales. O que algunos sacerdotes defendieran determinada actitud de la Iglesia por motivos políticos. Éramos entonces los obispos los únicos que podíamos hablar públicamente con cierta libertad y sin demasiados riesgos"¹³.

En cualquier caso, aun con riesgo de mitificarlo, estos doce años resultaron trascendentales para la historia eclesiástica y para la sociedad española. En estos años orientó al episcopado hacia tres grandes criterios de actuación: el diálogo intraeclesial y con todas las realidades externas, la búsqueda serena, objetiva, sin miedos, de una aproximación a la realidad, la búsqueda seria, profética, de una fidelidad radical al concilio leído desde el prisma conciliar¹⁴.

¹³ María Luisa Brey, "Conversaciones con el cardenal Tarancón". Bilbao 1994, p.137.

¹⁴ R. Echarren, "El cardenal Tarancón, presidente de la Conferencia Episcopal", en Homenaje al Cardenal Tarancón 1907-1994. Valencia 1997, p.155.

"Me propuse dos objetivos: aplicar a España, las enseñanzas del Concilio Vaticano II en lo referente a la independencia de la Iglesia de todo poder político y económico, y procurar que la comunidad cristiana se convirtiese en instrumento eficaz de reconciliación para superar el enfrentamiento entre los españoles que había culminado en la guerra civil. En resumen, tratar de que la Iglesia perdiese influencia política y ganase credibilidad religiosa. Yo actué así porque consideraba indispensable esa actitud, que necesariamente tenía que ser constructiva, para purificar la comunidad de creyentes. Y para que la Iglesia pudiese reclamar, en la nueva situación política, la libertad evangelizadora que le era indispensable. Por eso luché, y esta es mi defensa y mi apología. Si he fallado en el empeño lo dirá la Historia. Mi conciencia está tranquila"¹⁵.

Sin embargo, hay que afirmar que el gobierno de Tarancón tuvo siempre en cuenta el parecer de los obispos. El insiste en que una vez aprobada una línea de actuación en la Conferencia Episcopal, él era fidelísimo en seguirla. "Soy su jefe y por eso debo seguirles", pudo haber afirmado el cardenal. Fue un líder, pero no un cacique. Fue consciente de lo que deseaban los cristianos y de la nueva sensibilidad existente. Dirigió la Iglesia, pero siempre contó con los obispos, porque sabía que el presidente de la Conferencia no suplanta las prerrogativas conciliares. Contaba además con la confianza de los cardenales Tabera, José María Bueno Monreal y Narciso Yubany.

Pablo VI decidió cambiar el perfil de los obispos españoles¹⁶. Los que tenemos una cierta edad, aunque sin acercarnos a la de Matusalén, hemos asistido a dos cambios episcopales de signo contrario queridos y buscados por Roma en estos últimos cuarenta años. El nuncio de Pablo VI para esta tarea fue Dadaglio, ayudado por don Vicente y el de Juan Pablo II para la contraria fue Tagliaferri.

Ni aquellos fueron, ciertamente revolucionarios ni todos

¹⁵ María Luisa Brey, "Conversaciones con el cardenal Tarancón, pp.17-18.

¹⁶ "Comprendí, al propio tiempo, que habían tomado la decisión firme de ir renovando el episcopado español con personas más abiertas que aceptaran cordialmente las orientaciones del Concilio y no estuvieran demasiado marcados con su vinculación al Régimen. Todo daba a entender que ésta era una decisión personal de Pablo VI". "Confesiones", p.286.

estos, necesariamente, conservadores recalcitrantes, pero el talante y la actitud fue diversa porque las de Roma fueron, también, diversas. Decía don Vicente que los nuevos obispos sufrían de tortícolis por su permanente y complicado ejercicio de cuello enfocado hacia Roma. En cualquier caso, no se trató de problema de mayor o menor fidelidad sino de libertad de espíritu, de conocimiento de la eclesiología conciliar y de escala de valores y preocupaciones¹⁷.

Escribe Ramón Echarren que "tal vez desde 1940 hasta nuestros días, nunca ha habido un episcopado tan preparado en pastoral y tan "limpio en ideologías, pero, al mismo tiempo, tan plural, como el de aquella época"¹⁸. De todas maneras, creo que se puede afirmar que en el episcopado de una y otra hornada faltaron los líderes. Tarancón fue un líder y esto se manifiesta durante sus años en la Conferencia Episcopal. No impuso sino que convenció. No digo que no haya habido otros líderes, pero pocos. En cualquier caso, queda por estudiar la evolución reciente de este episcopado.

Pablo VI y Tarancón

El pontificado de Pablo VI coincide con el cambio en profundidad de la Iglesia española. Ambos fenómenos tuvieron concomitancias e interferencias mutuas. Nuestra tesis es que el papa optó claramente por una Iglesia no enfeudada al régimen político y actuó decididamente en consecuencia. En este proyecto son básicos, al menos, tres nombres: Benelli, Dadaglio y Tarancón.

El apoyo incondicional y permanente del papa al cardenal resulta evidente. Cuando el 25 de febrero de 1969 fue elegido Morcillo presidente de la Conferencia Episcopal, Garrigues, en despacho de 9 de abril siguiente refiere que el cardenal Antoniutti le dijo: "Es obvio que la voluntad del Santo Padre era que el presidente de la Conferencia fuese el Primado de

¹⁷ Por su parte, los gobiernos de Franco pensaban actuar por el bien de la Iglesia en la selección de los candidatos. Escribe Tarancón: (Gregorio López Bravo) "creía que el gobierno no solo tenía el derecho, sino el deber, de intervenir en el nombramiento de obispos, incluso de los auxiliares, y esto por dos razones: para defender al Régimen y para defender a la misma Iglesia".

¹⁸ R. Rcharren, op.cit.,p.145.

Toledo".¹⁹

La imagen que el papa debía tener de los obispos españoles era perfectamente descriptible, a partir, sobre todo, del telegrama enviado por Montini a Franco con motivo de la condena al joven Jorge Conill, telegrama que ocasionó una dura carta de los cardenales españoles, y del boicot episcopal a su conferencia en el Capitolio en vísperas de la inauguración del Concilio.

"Con mi nombramiento para Madrid, escribe el cardenal, se confirmaba la opción de la Santa Sede cuando me nombró arzobispo de Toledo. La Santa Sede estaba demostrando que yo era la persona de confianza para el momento histórico que estaba viviendo la Iglesia en España. Y que su opción por la independencia de la Iglesia del Régimen era ya definitiva. Es lógico que esto disgustase profundamente a los que creían- sin duda de buena fe- que el Régimen se había hecho acreedor a un apoyo incondicional de la Iglesia y que era, con todos sus fallos, el único que podía mantener y defender la unidad católica de España. Porque este nombramiento, aunque fuese provisional, señalaba claramente el camino que iban a seguir para la provisión definitiva de la diócesis".

Al crear cardenales a Tabera y Tarancón, les señaló que él tenía absoluta confianza en ellos y que les había hecho cardenales para que compartiesen más íntimamente su responsabilidad y sus preocupaciones por la Iglesia en España.

Cuando el papa pronunció sus famosas palabras sobre España el 24 de junio, la parte conservadora del episcopado se encabritó y se mostró dispuesta a enviar una delegación a Roma para protestar y pedir explicaciones. Tarancón se negó en redondo a acompañarles, y pensó, por el contrario, que ese discurso podía romper inercias y acelerar el cambio. Cuando Morcillo llamó al cardenal Villot, Secretario de Estado, para informarle de su determinación, Villot preguntó cuál era el parecer de Tarancón y, al ser informado, les señaló la improcedencia de su pretensión.

En 1971 la ponencia pronunciada por el cardenal en el Sínodo episcopal de Roma tuvo enorme resonancia. Al finalizarla, el Papa abandonó su lugar en la presidencia y con un gesto fuera de todo protocolo fue personalmente a felicitarle. Esta fotografía corrió el mundo y fue muy comentada en España.

¹⁹ Laureano López Rodó, "Memorias. Años decisivos", vol. II. Barcelona 1991, p. 398.

En el retiro de su jubilación, Tarancón recordaba con añoranza: "Yo no solo le admiraba profundamente sino que le quería como a un verdadero amigo. Este sentimiento puede influir en mis apreciaciones. Fui testigo de muchas manifestaciones de su afectividad, cualidad que muchos negaban"²⁰.

La Asamblea Conjunta

No es ocasión de hablar aquí de las consecuencias de la Asamblea Conjunta de obispos y sacerdotes de 1971²¹, pero si conviene recordar que su celebración constituye una de las glorias de Tarancón y uno de sus mayores disgustos.

En la reunión plenaria de la Conferencia episcopal de julio de 1969 el cardenal Tarancón presentó una ponencia con el título "Problemática del clero" que causó un fuerte impacto en los obispos. Decidieron celebrar una asamblea conjunta de obispos sacerdotes. Su preparación, reunión y desarrollo constituyó uno de los acontecimientos más importantes del posconcilio en España y manifestó el apasionante cambio que se estaba operando en esta Iglesia.

El tono general de las reflexiones y de las propuestas fue abierto y renovador. Los más conservadores se vieron desbordados porque no se habían tomado en serio la preparación y al final no se vieron representados en las conclusiones aprobadas. En compensación utilizaron los muchos medios disponibles de presión y manipulación. En realidad, se discutieron los temas que en aquellos momentos preocupaban a la comunidad eclesial: separación Iglesia y Estado, autonomía económica de la Iglesia, el deseo de que los obispos no formasen parte de organismos políticos. Surgieron, también con fuerza los temas de teología y organización eclesial.

La Asamblea Conjunta significó, sin duda, un paso decisivo en orden a deslindar los campos, ofreciendo signos de madurez y libertad interior, pero, al mismo tiempo, apareció con claridad el endurecimiento del sector clerical más conservador, tan identificado con una tradición secular y con quienes detectaban el poder político, la indecisión de una parte importante de la Iglesia, demasiado acostumbrada a la pasividad, y la falta de

²⁰ María Luisa Brey, op.cit., p.192.

²¹ Juan María Laboa, "La Asamblea Conjunta. La transición de la Iglesia Española", en "XX Siglos", 50 (2001), pp.4-30.

garra de la mayoría de las asociaciones de apostolado seglar.

Tras su aparente final feliz, el famoso y misterioso documento de una Congregación romana, en cuya redacción intervinieron decisivamente miembros del Opus Dei, que acusaba a los documentos aprobados en la Asamblea de heterodoxias de varios tipos, constituye no solo un episodio sorprendente de crónica negra eclesial, sino también un espécimen paradigmático de alta política eclesiástica. En efecto, Pablo VI quitó autoridad al documento, el cardenal prefecto de la Congregación dio a entender que lo firmó sin darse cuenta de su transcendencia, los obispos españoles reunidos en Asamblea plenaria decidieron poner en marcha las conclusiones aprobadas como si tal documento no existiese, pero, de hecho, todo quedó envuelto en una bruma paralizante²².

El análisis final de lo sucedido por parte de Tarancón muestra su gran equilibrio, pero, en realidad, constituye una relación espeluznante de hasta dónde son capaces de llegar algunas personas y algunas instituciones cuando piensan que deben defender sus ideas y, tal vez, sus intereses, amparados en tramoyas religiosas. Se trata del famoso "odio teológico" del que habla el P. Mariana.

En cualquier caso, desde mi punto de vista, este final se convirtió en un fracaso doloroso de la implantación del concilio en Iglesia española y del prestigio del cardenal Tarancón, no, ciertamente, en los fieles y en buena parte del episcopado, cuanto en el lobby conservador que lo descubrió vulnerable.

Tarancón y los políticos

Por sus cargos y responsabilidades tuvo que reunirse con toda clase de ministros, desde Martín Artajo hasta Fraga. Con unos tuvo amistad, con otros simplemente se relacionó y con otros mantuvo encontronazos. En una ocasión me dijo que al relacionarse con algunos ministros tenía la impresión de tratar con obispos, tanto por lo que decían como por cómo lo decían. Se refería, al menos, a Antonio Oriol y a López Rodó.

En sus Confesiones escribe que Martín Artajo le pidió en su primera "visita ad limina" que hablase en Secretaría de Estado y, si era posible, con Pío XII, sobre la buena voluntad del régimen respecto a la Iglesia. "Le dije que no me prestaba a

²² "Confesiones", pp.423-424.

ser-ni a parecer-un portavoz del gobierno ante la Santa Sede"²³.

Todo da a entender que mantuvo relaciones tensas tanto con López Rodó como con López Bravo. El primero, siendo ministro de Asuntos Exteriores pretendió redactar y conseguir un concordato con la Santa Sede al margen de los obispos españoles. Fraga comenta una fuerte confrontación del ministro y el cardenal en setiembre de 1973²⁴. López Rodó no toca el tema en sus memorias. De López Bravo conocemos su grosera actitud con Pablo VI. Tarancón escribe de él: "El ministro Gregorio López Bravo, persona muy inteligente y buen cristiano, era hombre que confiaba mucho en sí mismo-en verdad era brillante- y se alteraba fácilmente cuando se le contradecía". Los ministros tecnócratas no facilitaron las relaciones con la Iglesia: "Y lo más gracioso del caso es que los ministros que actuaban más duramente en este aspecto eran los más piadosos: Gregorio López Bravo y Laureano López Rodó, que eran del Opus Dei, y Antonio María de Oriol, que era de comunión diaria. Lo hacían, a decir de ellos, por defender a la Iglesia; claro que querían defenderla contra el Papa y contra la jerarquía española; cosa asombrosa, desde luego".

¿Giro en Secretaría de Estado?

Un tema desconcertante en las relaciones de la Iglesia española con la Curia Romana lo constituye una evidente doble actitud de las instituciones romanas ante la renovación eclesial española: " lo cierto es que las dos tendencias que existían en el seno de la Conferencia se creían apoyadas por Roma. Y no sin razón", escribe Tarancón. De ahí una sensación de inseguridad en no pocos momentos²⁵.

El caso más llamativo fue el de mons. Casaroli, brillante Secretario de Estado con Juan Pablo II y "ministro de relaciones Exteriores" con Pablo VI. Nos referimos a un intento muy orquestado por López Rodó, Garrigues y Marcelo González de firmar un nuevo concordato, intento pergeñado al margen y al oscuro de la Conferencia Episcopal española y, aunque parezca desconcertante, de la Nunciatura española. "Lo raro es que Casaroli, hábil diplomático, que había tenido que tratar con muchos gobiernos, algunos de ellos poco propicios hacia la Santa

²³ "Confesiones", p.79.

²⁴ Manuel Fraga Iribarne, "Memoria breve de una vida pública". Barcelona 1980.

²⁵ "Confesiones", p.286.

Sede, se dejase envolver. Después pude saber que él estaba encariñado con ese proyecto, aun reconociendo que no era el que correspondía a las circunstancias actuales. Veía en él una manera de encauzar y pacificar las relaciones Gobierno-jerarquía española. Reconociendo, además, que la decadencia del Régimen era cada vez mayor, creía que era mejor que, cuando se produjese el cambio, existiese un compromiso, aunque no fuese el mejor, que obligase al nuevo Gobierno"²⁶.

Tarancón, apoyado por la gran mayoría de la Conferencia, reaccionó con rapidez. Se entrevistó con Pablo VI, el cardenal Secretario de Estado Villot y el mismo Casaroli. Hablaron de la inconveniencia de firmar un nuevo concordato en la situación terminal del Régimen y exigieron, en cualquier caso, el reconocimiento pleno de la libertad y de la independencia de la Iglesia en su vida y en su actuación, sin ninguna clase de privilegios, regulando la sana colaboración entre ambas potestades y manteniendo la línea trazada por la Conferencia Episcopal²⁷.

Tarancón da a entender que Casaroli pudo ser presionado por personas interesadas: " Yo le dije-al cardenal Villot- que estaba extrañadísimo del procedimiento que se había seguido en el proyecto ad referendum, lo cual me hacía sospechar que en el departamento de monseñor Casaroli existían ciertas presiones de algún grupo religioso determinado que, no solamente tenía mucha fuerza en España, sino que tenía algunos ministros en el Gobierno. Me refería, como era claro- y él lo entendió

²⁶ "Confesiones", p.294. Dice en la misma página: "Yo creo que el que tuvo la iniciativa en todo el proceso fue monseñor Casaroli que, acostumbrado a tratar con gobiernos laicos, cuando no enemigos de la Iglesia, se encontró, sin darse cuenta, en unas conversaciones con quienes se declaraban hijos sumisos de la Iglesia y defensores acérrimos de sus derechos y creyó que podía hacerse un bien para arreglar- él creía que definitivamente- el asunto de España".

²⁷ "Defender los derechos de las personas, declarar que algunas disposiciones eran injustas, manifestar nuestra discrepancia contra algunas realidades sociales era un deber de la Iglesia. No nos salimos de nuestro campo, añadimos, cuando hemos hablado de la libertad de sindicación y de otros asuntos. Y no se podía olvidar que, precisamente porque el Régimen se proclamaba oficialmente católico, podía dar la impresión ante el pueblo de que la Iglesia aprobaba esas injusticias". "Confesiones", p.308.

perfectamente- al Opus Dei"²⁸.

En cualquier caso, Casaroli se sintió molesto por la oposición de la Conferencia Episcopal, aunque naturalmente tuvo que aceptar la determinación de Pablo VI. Mons. Benelli por su parte," no era partidario de un concordato solemne en estas circunstancias. Reconoció que fue un desacierto aquel proyecto ad referendum que no podía admitirse, alabando al episcopado por su postura clara ante él. Insinuó que aquel proyecto estuvo inspirado y un poco forzado por el Opus Dei"²⁹. Tarancón acompañado por Tabera y Jubany supo convencer al papa de que lo que la Conferencia española deseaba respondía a cuanto él mismo había señalado a los obispos españoles.

Tarancón salvó una situación que, indudablemente, hubiera enconado la transición³⁰, pero, probablemente, pagó personalmente un fuerte precio algunos años más tarde.

Tarancón y Juan Pablo II

El cardenal Tarancón votó al cardenal polaco y siempre habló con devoción de él como papa, pero ha quedado la impresión de que éste no estimó especialmente al cardenal español, impresión que va más allá de la pronta aceptación de

²⁸ "Confesiones", p.305. En otro momento escribe: "No puedo ocultar que me extrañaba la reacción de monseñor Casaroli ante estos razonamientos que a mí me parecían claros y contundentes. Porque conociendo la realidad española de los últimos meses y la postura que con respecto a la Conferencia Episcopal, a los sacerdotes y a las asociaciones de apostolado seglar había iniciado el gobierno, se veía claramente el propósito de éste de utilizar el poder de la Iglesia en aquellos momentos de debilidad del Régimen por la edad avanzada de Franco. Y surgía la duda de si monseñor Casaroli podía tener otra información de las cosas de España que le hiciese recelar de la objetividad de la postura de los obispos. ¿Sería cierto, como alguien opinaba, que algún grupo religioso, cuya tendencia era sobradamente conocida, ejercía una fuerte presión sobre aquel dicasterio romano?",Ibid., p.314.

²⁹ Ibid., p.318.

³⁰ "Yo espero que hoy se entienda y que se descubra que, gracias a aquella postura, la Iglesia ha podido ser un elemento importante para que la transición pudiera hacerse con una paz relativa, sin degenerar en una lucha ideológica azuzada por la religión. Tal vez los historiadores descubran que ésta ha sido nuestra gran aportación a la historia de estos difíciles años" comentó años más tarde. J.L. Martín Descalzo, "Tarancón, el cardenal del cambio", Barcelona 1982, p.164.

su dimisión.

Parece que el posible desencuentro tuvo motivaciones pastorales e influjos clericales bastante concretos. En tres problemas de calado que se plantearon en ese momento en la Iglesia: la Prelatura del Opus Dei, la cuestión del general de los jesuitas y el problema de la Orden Carmelitana, el papa adoptó una decisión contraria a la presentada por la Conferencia Episcopal. En las tres cuestiones, quienes fueron minoría episcopal y laical durante la Transición comprobaron cómo sus puntos de vista eran aceptados por Roma en contra de lo que pensaba la mayoría. Años más tarde, Tarancón reconocía la labor clarificadora del nuevo papa y declaraba su admiración: Era un Papa necesario, digamos, en este momento concreto". "Por eso yo le comprendo en muchas cosas, aunque en otras no esté tanto de acuerdo"³¹ y al hablar de sus encíclicas señalaba su opinión: "Me gustó la "Mulieris dignitatem", pero al final no me convenció tanto. Era una conclusión forzada, poco convincente. Fruto de un perjuicio que subyace (...) sin mucha coherencia en las conclusiones"³². Tal vez, en esto residía su atractivo: decía lo que pensaba, dando más autoridad a sus elogios porque señalaba sus dudas.

Tuvo que ver, también, en la desconfianza hacia Tarancón la acusación de esa minoría de que el cristianismo disminuía en España a causa de la política taranconiana y de que la constitución "atea" y la legislación "poco cristiana" de la democracia había sido posible por la condescendencia de Tarancón, "tan diversa de la fortaleza y decisión de los obispos polacos". A otros nos queda la razonable duda de si no habrá sido el boicot a la Conjunta y a cuanto podía representar Tarancón una de las razones de la debilidad posterior de la Iglesia española.

Esa minoría tuvo que ver con algunas familias madrileñas, con algunas instituciones eclesiales, con algunos monseñores de Curia. Fueron las fuerzas del pasado, que no pudieron obstaculizar la llegada de la democracia, pero que, tal vez, dificultaron la implantación del Vaticano II.

Con su retranca habitual, explicaba el cardenal al periodista Asín: "Y como yo comprendo que a la Iglesia le favorece que vaya con un poco más de moderación mirando al futuro, soy una pieza que no encajo, porque siempre he sido

³¹ María Luisa Brey, Op.cit., p.15.

³² Ibid., p.23.

abierto mirando al futuro. Y por lo tanto, tengo el convencimiento de que a mí me admiten la dimisión enseguida. Y efectivamente. Presenté la dimisión en mayo de 1982, pero como el Papa tenía anunciada la visita a España, me encargaron que organizara el recibimiento y claro, tardaron un año en admitírmela. Pero es porque venía el Papa y coincidían las fechas"³³.

³³ Pedro Asín Bernal, "El Cardenal Tarancón desde su retiro". Castellón 1998, p.133.